

RESEÑA DE LA PRENSA

"Mendoza", de Mendoza

LESIONAN EL ACERVO HISTORICO

Los individuos, aun desde los más remotos tiempos, rindieron tributo de recordación a sus héroes. Incluso el tótem, más allá de sus connotaciones míticas, constituyó una forma de evocar y agradecer a un fantástico antepasado que había cimentado la coherencia del clan. Después, con el decurso de los siglos, el hombre, evolucionando social, política y culturalmente, de algún modo buscó perpetuar las epopeyas, las gestas de sus prohombres, porque en la actitud hallaban la forma más elocuente de agradecer a quienes les habían dado grandeza, paz o brillo.

Conforme a lo dicho, no sería dificultoso encontrar plena justificación del culto de los héroes, sin que con esto pretendamos caer en la herolatria de Carlyle. Apenas si buscamos identificarnos con el contenido del proverbio oriental que con toda claridad sostiene: "Desgraciados los pueblos que olvidan su pasado". Esta verdad tan simple, que se acepta sin cortapisas entre la mayoría de los pueblos del mundo, pareciera que quién sabe por qué transformaciones confusas está cayendo en el olvido entre nosotros los argentinos. Y aclaremos bien: lo que se expresará más adelante no es el resultado de un patriotismo trasnochado o una suerte de fariseísmo histórico. Por el contrario, se trata de una justa reacción por cuanto está ocurriendo en el ámbito mendocino, respecto a situaciones que debieran mantener su vigencia, y de manera especial, aquellas que están referidas a circunstancias decisivas para la conformación de nuestro destino soberano.

Pruebas al canto: en Mendoza, tan pródiga de acontecimientos históricos, son muchos los testimonios materiales que se han ido diluyendo en el tiempo como consecuencia de la desidia oficial, de la apatía general y aun de los actos depredatorios.

El fortín de San Carlos, el fortín del pueblo 25 de Mayo en San Rafael, el más moderno monumento recordatorio de la batalla de El Chacay, entre otros, son testimonios —in absentia— de un pasado heroico y generoso que se dejó destruir por el tiempo sin ensayarse la defensa de esos casos.

Respecto a lo irremediable, es poco cuanto se puede hacer, salvo algunos propósitos de reconstrucción que obran en algunas comunas; pero si, cuando menos, se debería poner a cubierto de la desaprensión popular a algunos testimonios que aún subsisten.

El monumento ubicado en Canota es uno de los que habitualmente sufren la irresponsabilidad de quienes transitan por sus proximidades. Ubicado a la vera del camino y a una veintena de kilómetros de Villavicencio, en sus muros se consignan inscripciones que van desde la infantiloides escritura del nombre hasta leyendas con marcados tonos de obscenidad. Cualquiera de estas situaciones traduce antes que nada una irreverencia condenable, que debería ser reprimida por las fuerzas del orden. Sin embargo, éstas brillan por su ausencia; en especial, cuando de defender este patrimonio público se trata. Y conste que la tarea de vigilancia —y salvaguarda— no demanda sacrificios mayores; apenas si la decisión de alguien que sienta verdaderamente la necesidad de preservar nuestra tradición.

En otras dimensiones, el panorama no cambia; pero hay realidades que configuran un agravio, como lo que ocurre con el campo histórico El Plumerillo, que sirviera de base preparatoria al Ejército de los Andes. Anteriormente se encontraban en él los restos del general Jerónimo Espejo. Posteriormente fueron trasladados y desde entonces el abandono ha caído sobre el lugar. Así lo testimonian la dejadez que está presente en el conjunto evocativo. Solo faltaría que algún delincuente se apropiara de los cañones históricos que hay en el sitio, para que el paisaje de olvido fuera integral.

Se impone una reacción. No se trata de exacerbar un patriotismo enfermizo. Lo que se desea es, simplemente, que se mantenga el respeto debido a nuestro pasado.